

A tientas con el vuelo

VIII

Allí están: racioneros del alba,
una guardia
monacal presentando alas al agua.
Son formación y extracto de acrobacia,
éxodo
que retorna a la orilla como la imagen no sale
de su misma estampa:
las gaviotas comprueban
que el mar aún no invadió la inocente tierra,
y hacen fotografías a las olas
que transmiten
a otras olas que nunca pudieron ver de cerca la orilla.
Levantán vuelo de una vez,
como a través
de un pentagrama que no tiene notas
para que el pico fuese un anillo o una sonaja...
Acuden hasta nadie sabe dónde,
toman
posesión del agua
como si el mar fuera
un aire boca abajo que subrepticamente descansara.
Y vuelven, se hacen fila
como una guarnición eternamente imantada,
viendo cómo el infinito se reproduce,
se hace mole,
pisa el desierto,
arde,
avanza...

IX

Yace un pájaro
 y es como si le faltara
 una gota de insomnio o de vacío al espacio.
 Va camino de tierra: por lo visto, es el destino
 final de todo vuelo imaginario.
 No hay duelo
 ni plañidera al lado
 ni cortejo
 de trinos funerarios.
 Consigue rellenar
 de mancha el itinerario profundo que vino haciendo como si nada.
 Y otro pájaro vuela
 y florece
 el laurel
 y la leche se derrama
 y por la plaza un niño llora
 perdido entre dos jóvenes que se aman,
 y yo cruzo despacio:
 ¡soy el responso estéril
 de lo que ocurre al día en su mañana!

XIII

La sensación, desde luego, era muy extraña
 y la recuerdo con la nitidez con que uno se despierta
 y entonces la boca seca te actualiza lo que ignoras de tu misma noche pasada.
 Me hospedaba en el Parador de Santa Catalina.
 Un viento cabrío se topaba con herrajes, con abismos y almenas.
 La noche era un doblaje de otra profundidad
 ininteligible.
 Sin polvo sideral, purísimas, brillaban las estrellas.
 Y algo así como un pez fuera del agua sacudió sus aletas,
 como si el breve espacio de dos metros de nada
 diese unos golpes a un cuerpo que acabara de ocupar
 su vacío,
 o como si un espejo se estrellase sin ruido
 contra la armadura caballeresca que se refleja en él
 desde hace cientos de siglos...
 Salí a la torre del castillo:

dos aves
se llevaron sus cavernas a otro sitio,
y unos sones de alas
arrastradas, unas concretas sacudidas
de manta,

me hicieron ver el vuelo gigantesco
de dos pájaros negros, impelidos de propia bocanada.
Una oruga que devorara el borde de la hoja
fue aquel amanecer.

El horizonte se extendía
por su reino de olivos.

Un ave como un gizeh
permanecía inmóvil a millones de años vuelo del alba...

José Carlos Gallardo

